

**ARTURO PADILLA**



**LA  
PREGUNTA**

**ALGAR  
JOVEN**

Pongo el móvil en el anillo de luz led en posición vertical. Miro a la cámara y me despeino un poco, con un toque más *casual*. Muevo el soporte del anillo led para encuadrar una parte del acuario que tengo detrás. El fondo con los peces queda genial. Bueno, creo que ya puedo empezar... Me revuelvo el pelo por última vez, aprieto el icono de grabación y me acomodo en el asiento mientras espero a que la gente se una al directo de Instagram.

–Hola a todos y muchas gracias por conectaros. ¡Sois muy grandes! Como he anunciado esta mañana por *Stories*, hago este directo para daros una noticia triste.

Compruebo que mis seguidores se van conectando y muchos me saludan. A ver cómo funciona el vídeo de hoy, me la estoy jugando.

–Gracias por estar ahí, de verdad; es muy importante sentirme acompañado en unos momentos tan difíciles. Como os decía, quiero explicaros una noticia triste. Me he pensado mucho si hacer este

directo, porque no me resulta fácil hablar de esto, pero, ¡a por todas!, creo que me irá bien. Es un tema del que no hablamos demasiado y prefiero expresaros lo que me ronda por la cabeza antes que hacer el paripé como si no me pasara nada. No os merecéis eso. Vosotros no.

Recibo una avalancha de corazones que se elevan por la pantalla mientras leo los comentarios de mis incondicionales: «Pol, te quierooo», «guapo!!!», «eres el mejor».

—Ya os advierto de que este vídeo será muy diferente de todos los que he ido colgando hasta ahora, ¿eh?, así que, si esperáis ver al Pol sonriente y divertido de siempre, hoy no va a ser el día. Lo siento.

¡Guau! Ya tengo más de mil seguidores conectados y me llueven los comentarios: «¿k ta pasao?», «estás bien??», «a muerte contigooo». Creo que ya he creado bastante *hype*. Es hora de ir al grano. Respiro hondo y suelto la bomba:

—Antes de ayer murió mi abuelo. Se llamaba Manuel y tenía setenta y ocho años. Fue de golpe; nadie se lo esperaba porque mi abuelo había sido siempre un hombre fuerte, pero se ve que sufrió un ataque al corazón mientras dormía y mi abuela se lo encontró muerto al día siguiente, cuando intentó despertarlo. En fin, ha sido un golpe muy duro

para toda la familia; al menos, él no ha sufrido, sino que ha tenido una muerte dulce.

Los corazones y los comentarios colapsan el chat: «lo siento mucho», «k penaaa!», «un fuerte abrazo!!», «ánimo, guapooooo».

—Esta mañana hemos ido al funeral en la iglesia. Mi abuelo no es que fuera muy católico, la verdad; él siempre decía que no creía en los curas, pero sí que creía en Dios a su manera. Y a partir del funeral, me he hecho la gran pregunta: ¿dónde está mi abuelo? —Hago una pausa dramática. En los tutoriales para *influencers* te repiten cada dos por tres que debes hacer preguntas y esperar unos instantes antes de responderlas para ganar más interacción con los seguidores—. Es curioso, porque todos sabemos que tarde o temprano nos moriremos, es ley de vida, pero, en mi caso, hasta que no me ha tocado de cerca, no me había planteado seriamente qué pasa cuando nos morimos, ¿sabéis? Por lo que decía el cura, el abuelo se ha ido con el Señor al cielo y se supone que allí vivirá tranquilo... De todas maneras, estoy convencido de que el abuelo preferiría vivir en la tierra. Era un hombre sencillo, de campo, que se entretenía en su huerto, con sus patatas y sus lechugas. Con eso era feliz, no necesitaba irse al cielo...

Me vienen a la memoria recuerdos de cuando era pequeño y acompañaba al abuelo al huerto para quitar entre los dos los hierbajos. ¡Qué felices éramos con tan poca cosa! Trago saliva mientras se me humedecen los ojos. No me gusta montar dramas, y menos aún en directo, pero, bien mirado, también es bueno transmitir la imagen de un tío cercano y natural a los seguidores. Los mensajes de consuelo me ametrallan; ¡hoy lo estoy petando!

—He comentado con la familia a dónde había ido el abuelo, pero me he dado cuenta de que nadie quería hablar mucho del tema. Como cada uno piensa algo distinto... Mi abuela, por ejemplo, es católica y cree en el cielo igual que el cura, pero mis padres son ateos, de los que piensan que después de la muerte no hay nada de nada y que acabamos pudriéndonos. Y también tengo una tía a la que le mola el rollo budista... Ahora que lo pienso, con mi tía no he hablado nunca de la muerte; quizás estaría bien descubrir qué piensa. No lo tengo claro, pero me parece que los budistas creen en la reencarnación, que tu alma se instala en otro cuerpo. Eso quiere decir que quizás ahora esté naciendo un niño que podría tener el alma de mi abuelo... Qué paranoia, ¿no?

Me paro y leo un montón de comentarios: «ke interesante», «no me lo abia planteado nunk», «pregúntale a tu tía»...

—Vaya, por lo que me decís, veo que os interesa el tema, ¿eh? ¿Os gustaría que hiciera otro vídeo y que os explicara lo que me ha dicho mi tía? —Los primeros comentarios afirmativos no se hacen esperar; la peña está motivadísima con la idea y tengo más de mil trescientas conexiones al directo. No puedo desaprovechar este filón—. Pues venga, ¡vamos! Me habéis convencido. Que quede claro que esto no lo había pensado, pero puede estar guay conocer otras maneras de ver el mundo. En el próximo directo os hablaré de lo que me haya dicho mi tía, ¿vale, artistas? Muy bien, gracias por este ratito, por compartir vuestro tiempo conmigo y por toda vuestra energía positiva. Ahora me voy a cenar, pero dejaré el vídeo guardado por si alguien se lo ha perdido. ¡Un besazo enorme!

Me despido con un beso y termino el directo. ¡Qué pasada! ¡Mil trescientas veintidós conexiones! Yo diría que ha sido mi directo con más seguimiento; no esperaba que el tema del abuelo diera tanto de sí. El corazón me late acelerado. Recojo el móvil del soporte, abro el WhatsApp y le envío un audio a mi tía Paqui mientras doy vueltas en la silla.

«¡Hola, Paqui! ¿Qué tal? Oye, me gustaría verte y preguntarte un par de cosas. ¿Cuándo te vendría bien?».

–Pol, ¿quieres hacer el favor de dejar el móvil?  
 –Mi madre planta la olla de puré sobre la mesa–. Ya sabes que no puedes usar el móvil mientras cenamos.

–¡Sí, sí, un momento!

La tía Paqui acaba de contestarme con un wasap y me propone que quedemos mañana, domingo, por la tarde, para pasear por la orilla del mar. Me va de lujo. Porque por la mañana he quedado con Moha, pero por la tarde no tenía ningún plan. «Perfecto. Hasta mañana! Bss», tecleo rápidamente. No puedo resistir la tentación de abrir Instagram. ¡Qué fuerte! En pocos minutos, el vídeo ya lleva más de trescientos *likes*.

–¡Pol! –insiste mi madre–. ¿No me oyes?

–Sí, sí, perdón.

Me guardo el móvil en el bolsillo. Es mejor no alterar a mi madre, que estos días está muy susceptible, aunque no quiera reconocerlo.

–Abuela, Pol es famoso –le suelta mi hermana Carla a la abuela Fina–. Por eso está tan enganchado al móvil.



–Ay, Pol, cuidado con tanta fama... –me recomiendan la abuela, poniendo los ojos en blanco–. «Todo es vanidad y esfuerzo inútil».

–No te preocupes, abuela; está todo controlado.

–Eso espero, porque, si no, te daré un tirón de orejas.

Me hace sonreír, aunque sé que no me lo dice en broma.

Mi madre, que ha estado removiendo el puré de verduras, empieza sirviendo un cazo en el plato de la abuela.

–No me pongas más, hija, que no tengo hambre.

–Mamá, esto no puede ser. Estos días no estás comiendo nada.

Aunque mi madre intenta servirle un segundo cazo, la abuela pone la mano sobre el plato. Continúa siendo tan cabezota como siempre. No resulta fácil hacerla cambiar de opinión. Anda que no nos costó convencerla para que pasara el fin de semana con nosotros; ella no quería salir de su casa ni para bien ni para mal, pero mi madre insistió porque no le gustaba que se quedara sola estos primeros días sin el abuelo. Al fin y al cabo, la abuela ha estado conviviendo con él más de cincuenta y cinco años, y no debe de ser fácil adaptarse a la nueva situación de la noche a la mañana. Aunque,

al contrario que a mi madre, a la abuela se la ve más entera que nunca, la procesión va por dentro, como se suele decir.

–Yo solo quiero un cazo, como la abuela. –Carla aprovecha la situación cuando mi madre le sirve el puré–. Tampoco tengo hambre.

–¡Ah, no! De eso ni hablar –determina mi madre con contundencia y le pone otra cucharada en el plato–. Encima que me he pasado una hora hirviendo las verduras...

–¡No hay derecho! ¿Por qué a la abuela le pones solo un cazo?

Mi madre resopla y concentra una descarga visual en mi padre, que preside la mesa.

–Ferran, tú también podrías decir algo, ¿no crees?

Mi padre parece aterrizar en el comedor después de haber estado perdido en otro planeta. Se ajusta las gafas y acaricia la mano de mi hermana.

–Carla, la abuela no puede comer mucho porque no se encuentra bien –razona con paciencia–, pero ese no es tu caso, ¿a que no? Además, recuerda que mamá se ha esforzado mucho para cocinar este puré mientras tú estabas jugando en la habitación, así que, cuando nos lo comemos, le demostramos que estamos agradecidos por su trabajo.

Carla se enfurruña, pero no replica. Sabe que tiene la batalla perdida con mi padre. En cuanto mi madre ha terminado de servirnos a todos, lleno la cuchara de puré y me la acerco a la boca.

—¿Y si bendecimos la mesa? —pregunta la abuela.

Me quedo de piedra, con la cuchara cerca de los labios. Intercambio una mirada con mis padres. Nosotros no bendecimos la mesa y, si mal no recuerdo, los abuelos tampoco la bendecían. Es posible que, por la muerte del abuelo, la abuela Fina se haya vuelto más religiosa...

—Sí, claro —accede mi madre, enderezándose—. Hazlo tu misma.

La abuela cierra los ojos y baja la cabeza antes de empezar la plegaria:

—Bendícenos, Señor, y bendice estos alimentos. Gracias por darnos el pan de cada día y por amarnos con tu infinita misericordia. Amén.

—Amén —contestan a la vez mis padres.

Mi hermana y yo nos miramos, desconcertados, mientras repetimos «amén» en voz baja.

Entonces mis padres y la abuela empiezan a cenar. Me parece una situación muy curiosa, porque mis padres no son creyentes como la abuela, pero le siguen el rollo. Ellos opinan que hay que respetar sus creencias y que no nos cuesta nada tenerla

contenta. Aunque me pregunto si la abuela no se da cuenta de que están representando un papel.

—Abuela, ¿hablabas con el abuelo? —rompe el silencio Carla, mientras remueve su puré.

—No, bonita, estaba hablando con Dios.

—Ah, vale. ¿Y has dicho que Dios nos ama?

—Ya lo creo, tesoro; Dios es amor.

—Y si Dios nos quiere tanto, ¿por qué se ha llevado al abuelo?

—Carla, no es el momento de marear a la abuela con esas preguntas —la reprende mi madre.

—No pasa nada, hija. Si no pregunta ahora, ¿cuándo lo hará? Supongo que no habláis de todo esto con la niña —la excusa la abuela mientras se acaricia un colgante con una foto del abuelo—. Carla, cariñito, precisamente porque Dios quiere al abuelo, se lo ha llevado al cielo, porque es un lugar mucho mejor.

—¿Y cómo es el cielo?

Todos me miran, sorprendidos por mi pregunta.

—Pues el cielo es un lugar de felicidad, Pol, un lugar donde el abuelo se encuentra cerca de Dios. —A la abuela se le ilumina la cara—. El lugar a donde van las buenas personas como tu abuelo. Seguro que debe de estar muy bien ahí arriba.

—Entonces yo también quiero ir al cielo. Así podré ver al abuelo.

–Carla, ¡no digas tonterías! –interviene mi madre, preocupada–. Vamos, cómete el puré.

–Preciosa, no eres tú la que decide cuándo vas a ir al cielo –responde la abuela–. Dios nos acoge a su lado cuando lo cree oportuno. ¡A ti aún te queda mucho tiempo!

Carla tuerce el morro.

–Pues yo no quiero esperar tanto tiempo para ver al abuelo.

La abuela dibuja una sonrisa amarga.

–Aunque tú no lo veas ahora mismo, él sí que nos está viendo desde ahí arriba. Así que ya puedes portarte bien y comerte el puré.

–¡Mira quién habla! Pues ya somos dos...

De repente, los cinco nos echamos a reír y nos liberamos de toda la tensión acumulada.